

ROMA



VIA VENETO

● A LA HORA PUNTA de mismo de la calzada, junto DEL APERITIVO hay que hacer cola en la vía Veneto para encontrar una mesa libre en algunas de las terrazas de los cafés elegantes, que plantan sus multicolores sombrías al bor-

la pena, porque por esta popu-

DE NUESTRA CORRESPONSAL MARIA FRANCISCA RUIZ

losa arteria de la Ciudad Eterna se pueden encontrar a todos los rostros conocidos del mundo artístico y social, no sólo italiano, sino del mundo entero, ya que el paseo por vía Veneto es cita obligada de todo viajero importante que pasa por Roma.

En ningún otro punto de la urbe se pueden ver, juntos, como aquí, a bellezas, oficiales, estrellas, millonarios, aristócratas o financieros entregados al «dolce far niente» de la conversación. Podríamos decir del «cotilleo», porque de los lujosos «antros» de la vía Veneto salen las más pintorescas noticias sobre el trepidante meridiano de la «dolce vita» internacional.

Para ver modelos de alta costura, joyas fabulosas o perros preciosos —en Roma se adora a los perros, sobre todo si son de raza pequeña, aunque las ruinas históricas estén cuajadas de gatos sin dueño—, nada mejor que tomarse un «cappuccino» —algo así como nuestro «cortao»— en una mesita del café Paris, donde, de paso, puede pescarse el último chisme que corre por la ciudad.

Precisamente, ante la barra del café Paris —cuajada de los platos más tentadores de la rica cocina italiana— me encontré con MARINO GOMEZ-SANTOS, turista de urgencia para celebrar una entrevista con la reina doña Victoria Eugenia, con miras a reunir material para el libro que sobre ella prepara, por encargo del editor madrileño AFRODISIO

AGUADO. Marino estaba todavía bajo el hechizo de una noche romana pasada en peregrinaje artístico —palabra de honor— con dos cicerones de excepción: EUGENIO MONTES y JOSE SALAS —corresponsal este último de ABC—, capaces de improvisar el mejor itinerario monumental —desde el coliseo a la inevitable Fontana de Trevi, pasando por la plaza Navona— para un visitante con prisa. Ante una ración de «prosciutto coto» —jamón cocido— y un trozo de tarta de chocolate Marino celebraba, de paso, su onomástica. Porque, última sorpresa, Marino se llama Pepe.